

## Lo que aprendí antes de enseñar

Guadalupe de Jesús González Zul\*

Me presento: mi nombre es Guadalupe de Jesús González Zul. Hoy es fácil para mí escribir mi nombre, pero hace aproximadamente 28 años no fue así. Quiero contar, a través de estas líneas, la influencia que tuvieron mi madre y mis maestros para que aquello que nació como una idea de un joven de 13 años me llevara a convertirme en docente.

Esto comienza cuando ese niño de cinco años, con un interés inmenso por conocer el mundo, quería entrar al preescolar. En febrero, mi mamá fue a preinscribirme, pero cuál fue su sorpresa cuando me negué a irme: me metí a un salón, me quedé ahí de pie y observé a los demás niños trabajar. Cuando llegó mi mamá y me dijo: “Ya vámonos, tú vas a entrar después con otros niños”, la maestra Viri intervino con unas palabras que cambiaron todo: “Si usted quiere, déjemelo”. Mi mamá aceptó y yo, feliz, me quedé a clase; salí al recreo, regresé y realicé las actividades con facilidad. Al terminar la jornada, la maestra le confirmó a mi mamá: “Se portó muy bien y realizó todas las actividades; si él quiere, puede seguir viniendo como oyente”. Así comenzó mi vida en las aulas.

Al egresar del preescolar y entrar a la primaria, sentía una emoción enorme porque la escuela era hermosa, llena de canchas y áreas verdes. Sin embargo, esa alegría se fue apagando conforme veía llegar a los demás niños: ninguno de mis compañeros del preescolar estaba ahí. Sentía un nudo en la garganta, como si estuviera tomando agua y no pudiera pasarla. La clase inició, la maestra Tere se presentó y la primera actividad fue un dictado. Yo no sabía escribir, apenas conocía las vocales y, de mi nombre, sólo sabía escribir “Jesús”, pues era muy largo para aprenderlo completo.

Cuando la maestra me entregó la libreta, comencé a llorar; las diez palabras estaban tachadas con rojo y tenían una carita triste. A partir de ahí, me bloqueé: sólo pensaba en que ya no quería ir a la escuela y que deseaba regresar a mi preescolar. Llegué a casa muy triste; mi mamá, al verme, me preguntó qué me había pasado. Tras calmar mi

llanto, le expliqué la situación. Ella, sonriendo, me dijo: “No te preocupes, eso es muy fácil de solucionar”. Tomó mi libreta y empezó a explicarme los sonidos de las letras. Por ejemplo, cuando la maestra dictó “sapo” y yo sólo escribí “ao”, mi mamá me fue guiando pacientemente todos los días. Aunado a eso, la paciencia de mi maestra y su amor por enseñar me llevaron a que, al cabo de una semana, ya sabía escribir todas las palabras cortas. Mi mamá tenía una facilidad natural para explicar y la paciencia necesaria para apoyarme. Desde ese momento, escribir dejó de ser un problema; mi nombre ya era sencillo y lo escribía en todos lados, incluso en donde no debía, las paredes de la casa.

Mi paso por la primaria fue relativamente bueno; tuve excelentes maestros que recuerdo con mucho cariño. Sin embargo, fue en la secundaria donde nació la idea de ser docente. Durante un proyecto escolar sobre el “plan de vida”, elegí tres opciones: maestro, arquitecto o ingeniero; tras pensarlo mucho, me decidí por la docencia. Ahí dije: “Quiero ser maestro”. Conservo aún los apuntes y el cartel de esa actividad.

Llegó el tercer año de bachillerato y la pregunta volvió a surgir: ¿Qué quieres hacer de tu vida? Cabe mencionar que salí de mi pueblo, Villa Hidalgo, al municipio vecino de Teocaltiche, ambos en Jalisco. Decidí estudiar ahí, porque había un CBTis, ya que veía difícil que la situación económica de mi familia permitiera costear una carrera universitaria; mi plan era obtener una carrera técnica, por lo que elegí Técnico en Informática. Pero en los pasillos, la pregunta “¿Qué vas a estudiar?” resonaba constantemente. Comencé a reflexionar por las noches, consciente de que estaba ante una decisión trascendental. Durante una feria universitaria, conocí la Licenciatura en Educación. Debo confesar mi ignorancia de aquel entonces: no sabía que para ser maestro se requería una licenciatura. Me explicaron que la carrera duraba cuatro años y me habilitaba para trabajar desde preescolar hasta bachillerato. En ese momento supe que ese era mi camino.

Cuando les dije a mis padres que ya sabía a qué quería dedicarme, me hicieron la pregunta obligatoria: “¿Por qué quieres ser maestro?” Respondí que no lo sabía con certeza, pero que me llamaba profundamente la atención. Busqué opciones, pero mis padres hicieron

cuentas y el costo de pasajes o rentas en la Normal de Aguascalientes (C.R.E.N.A.) era inalcanzable. Entonces, pensé: Me pondré a trabajar, ahorraré y después entraré. Pero el destino tenía algo extraordinario reservado para mí. Una tía me habló sobre la Escuela Normal Rural Miguel Hidalgo de Atequiza, Jalisco, que funcionaba como internado. Mi primera imagen fue la de una cárcel, pero, como dicen, “el que nada tiene, nada pierde”. Me presenté al examen en mayo de 2011 y fui aceptado.

Fue una etapa maravillosa. El contacto con los maestros, las aulas y especialmente con los niños de entornos rurales o marginados me marcó profundamente. Allí encontré la respuesta a la pregunta de mis padres: quiero ser maestro para ayudar a que los niños de comunidades alejadas se den cuenta de que pueden salir adelante y que los sueños se pueden conquistar trabajando arduamente; quiero llevar conocimiento a cada rincón y motivarlos a cumplir sus metas. Me hice docente para poner un granito de arena y construir una mejor sociedad, pero también para retribuir un poco de lo que mis maestros hicieron por mí; todos y cada uno de ellos son parte de lo que hoy soy.

Además, sin saberlo, cumplí un sueño ajeno: el de mi mamá. Esto lo supe el día que me gradué como Licenciado en Educación Primaria; ella, llorando, me dijo: “Me da mucho gusto que estés cumpliendo tus sueños; a mí también me hubiera gustado ser maestra”. No dudo que hubiera sido una excelente maestra, pues me ayudó a leer y escribir con amor, naturalidad y paciencia. Agradezco que no me lo haya dicho antes, pues así tuve la certeza de que mi decisión no estuvo influenciada por sus palabras.

Hoy, soy el “profe Lupe” para mis alumnos, a quienes siempre motivo a dar lo mejor de sí, a ser buenos ciudadanos y a luchar incansablemente por sus sueños; me sigo desempeñando en comunidades rurales después de 10 años de servicio. Con el paso del tiempo, aprendí que la docencia es mucho más que un buen deseo de ayudar; es un compromiso que exige el equilibrio perfecto entre la vocación y el profesionalismo. Creo que mi vocación nació de aquellas vivencias tempranas: la paciencia de mi madre y la necesidad de abrir caminos en entornos donde las oportunidades a veces parecen escasas, don-

de miras esas caritas tiernas, pero llenas de necesidad. Es esa chispa que me impulsa a conectar con cada niño y con cada familia. Pero mi formación en la Normal me hizo entender que la pasión, aunque necesaria, debe ir acompañada de conocimiento y rigor. Comprendí que el profesionalismo es lo que dignifica nuestra labor: es la preparación diaria, la ética con la que me presento frente al grupo y a las familias, la capacidad de planear estrategias y la responsabilidad de estar en constante actualización, para brindar una educación de excelencia. Entendí que ser docente significa ser un profesional consciente de que mi trabajo es, quizá, la herramienta más poderosa para cambiar el rumbo de un estudiante y de la sociedad. Hoy, no sólo enseño con el corazón, sino con el respaldo de una práctica reflexiva que busca que el aprendizaje sea, ante todo, una oportunidad real de crecimiento para mis alumnos. Cada día voy y realizo mi trabajo con amor, pero, sobre todo, con pasión y motivación para fomentar ese gusto por aprender; por eso me hice docente.

\*Licenciado en Educación Primaria. Maestro y director encargado de la Primaria Emiliano Zapata 14DPR0997T. [pilloszul@gmail.com](mailto:pilloszul@gmail.com)